

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N^o 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodriguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El Pensador Mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: Peon y Contreras, Ecos y Poesias.
Ignacio Ramirez, Poesias.
Luis Gonzaga Ortiz. "
Isabel Prieto de Landázuri. "
Agustin F. Guenca. "
Francisco Sosa. "
Juan Valle. "
Dolores Guerrero. "

EN PREPARACIÓN: *Fernando Calderón, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón, Juan Diaz Covarrubias.*

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

ESTHER TAPIA

DE CASTELLANOS

POESIAS



LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1885.

El Parnaso Mexicano.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS



Esther J de Carbelli

EL PARNASO MEXICANO.

Esther Tapia de Castellanos

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO, DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

México, 15 de Julio de 1885.

Esther Tapia de Castellanos.

Nació en la ciudad de Morelia, capital del Estado de Michoacán, el día 9 de Mayo de 1842, hija del Sr. D. Crispín Tapia y de la Sra. D^a Luisa Ortiz M. de Tapia.

Era muy niña cuando comenzó á manifestar su vocación á la poesía. Estaba aún en la escuela, contaba únicamente diez años de edad al escribir sus primeros versos, y sus padres no creyeron prudente que se consagrara á las bellas letras, ni á la pintura y á la música, que merecían su predilección, sin haber antes terminado su instrucción primaria. perfeccionándose en todas las labores y faenas domésticas, ofreciéndole que al concluir aquel aprendizaje se le permitiría dedicarse á otros estudios. Desgracias de familia impidieron que aquella promesa fuese cumplida, y sólo

pudo aprender seriamente la gramática española y el idioma francés.

Las primeras composiciones *formales* de nuestra poetisa, valiéndonos de sus mismas palabras, fueron: una oda escrita con motivo de los horribos fusilamientos de Tacubaya (1859), y la segunda, en la muerte de la Sra. de Tapia, su buena y cariñosa madre, ocurrida al año siguiente.

Después continuó nuestra poetisa consagrando las notas de su lira melodiosa bien á la expresión de sus individuales sentimientos, bien á las glorias de la patria; ora á las obras de beneficencia, ora á verter en nuestra habla, bellísimas producciones extranjeras, ó por último, á la descripción de las costumbres nacionales.

Desgraciadamente gran número de sus composiciones desapareció. Unas, porque ella misma destruía los borradores, por creerlas muy incorrectas; otras, porque en cierta ocasión facilitó á una persona de la frontera á á quien fué presentada, el libro en que tenía copiadas cerca de cien poesías, y volvió aquella persona á su Estado, reteniendo el libro en su poder sin consentimiento de su autora, y nunca lo recuperó ésta.

En 1871, el distinguido literato jalisciense

D. José María Vigil, publicó en esta ciudad, bajo el título de *Flores silvestres*, las poesías de la Sra. Tapia de Castellanos. Forman un tomo de 368 páginas las ochenta y cinco poesías allí reunidas, y á las que precede un prólogo del mismo Sr. Vigil, notable por más de un título.

No podemos resistir al deseo de copiar el juicio exactísimo que el escritor académico hace en ese prólogo, de las poesías que para bien de las letras mexicanas coleccionó. Dice así el Sr. Vigil: "La lira de Esther, siempre tierna y elevada, siempre pura y melodiosa, expresa con igual facilidad los dulces delirios del amor, la melancolía del desengaño, las efusiones íntimas de la amistad, los nobles arranques del patriotismo, los goces inefables de una alma creyente, la tranquilidad del hogar doméstico embellecida por los encantos y las virtudes de la esposa y de la madre. No hay en esos versos una sola imagen que no sea noble, una sola palabra que no sea digna y delicada, y la misma amargura del sufrimiento toma bajo la pluma de la poetisa michoacana, formas tan suaves y tan perfumadas, que excita la sensibilidad hasta las lágrimas, sin herirla ni enervarla."

El Sr. Vigil no se limitó á hacer afirma-

ciones, descendió al análisis de las poesías, en los diversos géneros cultivados por la autora, y demostró la verdad de sus asertos. Al hacer nuestra la opinión del Sr. Vigil, no necesitamos, como él, presentar algunas muestras en comprobación.

Flores silvestres llamó á sus cantos la poetisa michoacana, porque tenía, nos lo ha dicho ella misma, la convicción de que estaban escritos sin el estudio ni los conocimientos debidos; rasgo de modestia que mucho le enaltece. Formóse esa colección merced al empeño que tuvo la Sra. D^a Francisca Lopez Portillo de García, amiga de la autora y aún podríamos decir su segunda madre, pues ella, despues del fallecimiento de la Sra. de Tapia, veló por la huérfana y procuró por todos medios sus estudios y adelantos.

Los periódicos de Guadalajara han engalanado sus páginas con las poesías de la Sra. Tapia de Castellanos; los de la capital de la República y los de los Estados, las han reproducido, siendo ella, por lo mismo, conocida y estimada en todo el país. Recordamos también haber leído algunas de sus producciones en el *Correo de Ultramar* y en la *Ilustración Española y Americana*.

Las Sociedades literarias se han honrado

inscribiéndola en sus registros, y una de ellas, la que se denomina "Las Clases Productoras," le concedió una medalla de primera clase como premio al bellissimo libro presentado en la 2^a Exposición de aquella Sociedad, intitulado *Cánticos de los Niños*, cuya impresión se hizo á beneficio de la misma Sociedad y de los niños de la Escuela de Artes de Guadalajara.

A más de los dos libros de que hemos hablado y del gran número de poesías publicadas en diversos periódicos, la Sra. Tapia de Castellanos, tiene otras muchas todavía inéditas y con las que podrá formarse un tomo igual ó mayor al primero que publicó; *Judith*, leyenda bíblica en forma de drama y á la que el maestro Meneses ofreció poner música y otras varias leyendas sacadas de los libros sagrados y que se propone dedicar á los niños.

Hablando de nuestra poetisa un autor extranjero, ha dicho en un libro publicado hace pocos años en Madrid lo siguiente: "Esther Tapia de Castellanos es uno de los talentos femeniles más distinguidos de su patria. Después de haber dedicado á su esposo y á su hijo tiernísimas composiciones que le han valido grandes aplausos, trató de ensayarse en

muy distintos géneros, consiguiendo triunfar de las asperezas y dificultades que necesariamente deben presentarse al corazón delicado de la mujer para verter en sus poesías conceptos que solo pueden no disonar en los rudos labios del hombre.”

Si como poetisa es joya valiosísima y honra de las letras mexicanas, como matrona puede servir de modelo. Nada hay para ella tan santo y dulce como el hogar, nada tan profundo como el amor al compañero de su vida y á sus hijos. Fuente inagotable de poesía encierra para Esther la familia, y aunque muy grande es su predilección por las letras, jamás pulsa su lira de oro si el más ligero dolor hiere á alguno de sus seres queridos. Modesta en grado sumo, no ambiciona aplausos, ni se enorgullece de los que se le prodigan: su gloria consiste en ser buena, en educar bien á sus hijos, en el cariño de los suyos y en el respeto de los extraños.

Que esto es así lo demuestra el rasgo que vamos á referir. Conocedores nosotros del mérito altísimo de la poetisa michoacana, le señalamos un lugar en esta galería biográfica y nos propusimos recoger los datos que para un trabajo de esta naturaleza se necesitan. Tomamos la pluma y dirigimos á la Sra. Cas-

tellanos una respetuosa carta pidiéndole las noticias que solo ella podria proporcionarnos. Pasaron cerca de dos meses y no obtuvimos contestación. Creyendo que nuestra carta había sufrido algún extravío en el correo, nos disponiamos á escribir otra, cuando recibimos la deseada contestación. A riesgo de ofender la modestia de la inspirada poetisa, nos vamos á permitir copiar el primer párrafo de su carta. Dice así: “Con oportunidad recibí su muy grata de 20 de Mayo y no había tenido el gusto de contestarla, como deseaba y debía, por haber tenido á tres de mis hijos con fiebre escarlatina: hoy que están aliviados, mi primer cuidado es escribir á V. para manifestarle mi profundo reconocimiento por la honra que quiere dispensarme haciendo que mi nombre figure en la galería biográfica que está publicando en *El Nacional*, honra á que no soy acreedora bajo ningun título.”

En las breves palabras que preceden se hallan reveladas las más excelentes dotes que adornan á la Sra. de Castellanos: su apego al cumplimiento del deber como madre, y su modestia como poetisa. Este solo rasgo basta para enaltecerla.

Creese generalmente, ocasión propicia es la que hoy se nos presenta para tratar este asunto.

to, creese generalmente que la mujer que se dedica al cultivo de las letras mira con desdén ó abandona por completo las costumbres y tareas propias de su sexo, perdiéndose para el hogar la que en el mundo literario llega á obtener un puesto más ó menos distinguido. Si en otras partes ha sucedido tal cosa, no nos propondremos averiguarlo; pero sí nos es dado asegurar que en nuestra patria no se ha verificado así y lo comprueba lo que ya hemos manifestado acerca de la poetisa michoacana, objeto de estos apuntamientos biográficos.

En nuestros estudios anteriores hemos relatado los servicios prestados á la instrucción pública por las poetisas yucatecas Rita Cetina Gutiérrez y Gertrudis Tenorio Zavala, y en los subsecuentes se verá, cómo las demás mexicanas que cultivan la poesía, honra son de su sexo y de las letras nacionales. Habrá tal vez aquí, como en cualquier otro pueblo del mundo, jóvenes ligeras que por haber escrito algunos versos y recibido aplausos indiscretos hayan llegado á envanecerse de sus ensayos y convirtiéndose en la personificación de las literatas ó mari-sabidillas de algunas comedias; pero tales excepciones no constituyen la regla, y el buen sentido de la sociedad se encarga de ridiculizar tales defectos.

Terminaremos haciendo votos porque la poetisa michoacana Esther Tapia de Castellanos enriquezca la bibliografía nacional con nuevas y esplendentes joyas como son las que produce su claro talento.

FRANCISCO SOSA.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

El himno de la mañana.

A LUPE GARCIA Y LOPEZ PORTILLO,

Ya tiende la aurora su manto de grana;
 Ya cubre el espacio con velo sutil;
 Ya muestra apacible su luz la mañana,
 Tiñendo las nubes con oro y carmín.

Ya el sol en los cielos descubre su frente;
 Ya manda á los campos su ardiente fulgor,
 Y seca en las flores la perla luciente,
 Que en medio al silencio la noche les dió.

Levanta el arbusto sus ramas erguido,
 Y dora sus hojas el rayo del sol;
 El ave abandona cantando su nido,
 Y pueblan los vientos sus cantos de amor.

Ligera la brisa columpia las flores;
 Sus pétalos abre jugando al pasar;
 Recoge do quiera suaves olores,
 Y en prados y bosques dejándolos vá.

Do quiera los campos respiran frescura;
 Las aves y flores respiran placer;
 Y al ver entre nubes del sol la hermosura,
 Esclaman acordes: ¡Oh salve, astro rey!

El sol extendiendo sus rayos ardientes,
 ¡Que sea bendito, les dice, mi autor!
 Las flores plegando sus hojas lucientes,
 Repiten en coro: ¡á Él bendición!

El ave interrumpe sus cantos de amores,
 Y aromas recoge la brisa al pasar,
 Y á Dios se levanta cargada de olores;
 Purísimo incienso que el campo le dá.

Y el cesped que humilde se extiende en el suelo,
 El arbol, las flores, las aves y el sol,
 Levantan unidos sus frentes al cielo,
 Y acordes un himno dirigen á Dios.

LA POESIA.

¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso.
El universo tu ropaje viste
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

¿Quién eres, dí, belleza no creada,
Poesía celestial á quien adoro;
A quien miro doquier entusiasmada;
Bello ideal de mis ensueños de oro?

¿Cuál es tu forma, dí; dónde naciste?
¿Quién el alma te hizo de lo bello?
¿Por qué la tierra á iluminar viniste?
¿De qué hermoso fanal eres destello?

Te reconozco al fin; ni eres estrella,
Ni eres angel, ni flor, ni luz, ni día;

Nada puede fingirte; eres tan bella,
Que todo debil para tí sería.

Emanación de Dios, su inteligencia,
En su mente purísima formada;
Tú te hallabas ya unida á su existencia,
Cuando todos los mundos eran nada.

Tú de su alma la luz; el sentimiento,
Le hiciste contemplar el caos profundo;
Destello con que su alto pensamiento,
Quiso vestir el universo mundo.

Por eso estás á lo sublime unida,
Y nada finge tu hermosura increada;
Por eso das al mundo luz y vida,
Y está la creación por tí animada.

Se te mira en la estrella luminosa,
Y de la luna en el hermoso rayo,
Y de la aurora en el color de rosa,
Y en la alta magestad del sol de Mayo.

De la tarde de lluvia en la tristeza
Que el opaco crespón envuelve el día;
Y de la oscura noche en la belleza;
¡Oscura, oh Dios, cual la esperanza mía!

Tú animas á la brisa perfumada
Que columpia á la cándida azucena;
Y á la palma gentil y tan preciada
Que crece del desierto entre la arena.

Tú la que das al cisne melodioso
Su canto meláncolico y sentido;
Sus trinos al zentzontle armonioso,
Que rival en el mundo no ha tenido.

Das á la tempestad regia belleza,
Cuando entre nubes su furor desata;
Su soberbia, magnífica grandeza,
A la rugiente, exeelsa catarata.

Se te oye con los pájaros cantores,
Y en el bramar de los inmensos mares:
Se te mira en el seno de las flores,
Y en medio de los bosques seculares.

En las ruinas del templo magestuoso
Que á impulso de los siglos se derrumba;
Y en el llanto que brota silencioso
Para regar los lirios de una tumba.

Te revela la cándida mirada
De la virgen sensible y pudorosa;
El suspiro del alma enamorada,
Y el casto beso de la fiel esposa.

Se te mira en las lágrimas del niño;
En la dulce sonrisa de la madre;
De la hija tierna en el filial cariño,
Y en el amor del venerado padre.

Los cantos inspiraste al rey profeta,
Que de su arpa brotaron á millares;
E hiciste al sabio rey, el rey poeta,
Cuando entonó el Cantar de los Cantares.

Tuyo es de Dante el genio portentoso;
Tuya de Safo el alma enamorada;
Tuyo de Tasso el canto melodioso;
De Petrarca la lira apasionada.

¿Dónde no reina, dime, tu hermosura?
¿Dó no te puso el Hacedor profundo?
Del cielo estás en la soberbia altura,
Y en medio del abismo más profundo.

Heraldo del Señor Omnipotente;
Tú anuncias á los mundos su belleza;
Que Él te arrancó de su elevada frente,
Para que publicaras su grandeza.

Llego á tu templo, mágica hermosura,
Para rendirte una oración sencilla:
Mi admiración te traigo y mi ternura,
Y doblo ante tu trono mi rodilla.

Yo no puedo elevarte mis cantares,
 Sólo te doy la flor del sentimiento;
 No adornaré con ella tus altares,
 ¡Caerá deshojada al pavimento!

No traigo lauros de inmortal memoria,
 Cual los de Milton, ó el divino Homero;
 Mas traigo al templo de tu augusta gloria,
 El alma toda, el corazón entero.

Amor de Madre,

Á MI QUERIDO AMIGO

EL SEÑOR D. FRANCISCO SOSA.

I

Un niño tan rubio tengo,
 Tan agraciado, tan lindo,
 Que la dicha llena mi alma
 Cuando en mis brazos le miro.
 Es su adorable cabeza
 Á mis ojos un prodigio;
 Que son de oro sus cabellos
 Y forman preciosos rizos
 Sobre su frente, tan pura
 Como recuerdo haber visto
 En las mañanas el lago
 Apacible y cristalino.

Tiene unos ojos tan grandes,
 Tan dulces, tan expresivos,
 Que de mi amor son espejo
 En que orgullosa me miro.
 Tiene mi niño unos labios
 Tan frescos, tan purpurinos,
 Que si en la frente me besa
 Algo del cielo adivino
 Y de blanda flor los pétalos
 Me parece que acaricio.
 Le beso mil y mil veces,
 Y mil veces más le admiro
 Y siempre le encuentro hermoso
 Ya esté despierto ó dormido.
 No sé si será tan bello
 Cual le juzga el amor mío
 Ó si será que los ojos
 De madre tierna en él fijo.
 No lo sé; mas al mirarle
 Siento un inefable hechizo,
 Y pienso que más hermosos
 No son los ángeles mismos.
 Vanidosa le paseo
 Entre otros graciosos niños
 Y á todos los hallo hermosos;
 Mas ninguno como el mío.
 Cuando se duerme en mis brazos
 Con ese sueño tranquilo,

Casto y puro que dá el cielo
 A los inocentes niños,
 Yo siento que se suspende
 El latir del pecho mío,
 Y acallar ambicionara
 Hasta el más leve rüido,
 Y que bajara algún angel
 Que con acento divino
 Le cantara quedo, quedo,
 Del Edén los dulces himnos.
 Si vá corriendo entre flores
 Fatigado el niño mío,
 Quisiera yo ser la brisa
 Y darle un fresco benigno.
 Si con material afán
 En su porvenir medito,
 Darle quisiera algún trono
 Y verle empuñar altivo
 Un cetro, sobre su frente
 Ver de la corona el brillo.
 El laurel de los artistas,
 Del guerrero el poderío,
 Y la ciencia de los sabios
 Yo anheló para mi niño.
 ¡Hijo! oh Dios! ¿dónde hay palabra
 Tan dulce para mi oído,
 Como de mi voz el eco
 Cuando le llamo *hijo mío*?

Si le estrecho entre mis brazos
Y le beso y le acaricio,
En esos dulces momentos
Algo del cielo adivino.

II

¡Cuán desgraciadas esposas
Las que no tienen un hijo!
¡Cuán infelices! no saben
Lo que es el amor de un niño!
Despertar en las mañanas
Y contemplarle dormido
Reclinado en nuestros brazos,
Causa un placer infinito.
Ellas la dicha no saben
Que nos dá peinar sus rizos
Y lavar sus manecitas
Y adornarlos y vestirlos
Y con nuestra misma sangre
Darles vida, y con legítimo
Orgullo, decir: «mi seno
Guardó tesoro tan rico;
Mía es su misma existencia,
Mío es todo su cariño,
Sus caricias y sus besos,
Y su llanto, todo es mío!»
¡Ay, infelices mujeres

Las que no tienen un hijo!
Ellos las penas mitigan,
Ellos los dolores mismos
Trasforman en tiernos goces
Con sus inocentes mimos.
La mujer que abandonada
Va por la senda del vicio,
Se tornára noble y pura
Si acariciara algún hijo!

III

¡Oh santo amor maternal,
Amor sublime y sencillo!
Eres tan grande y tan puro
Que el mismo Dios tener quiso
Una madre, que es tesoro,
Emanación de Dios mismo.
Él ama á las madres buenas
Con un amor infinito,
Con la ternura del padre
Mas cariñoso y benigno.
Él ordena que á la esposa
Cuando está velando al hijo,
Le haga sombra con sus alas
El arcangel más divino.
Gracias! por bien tan supremo;
Gracias mil y mil ¡Dios mío!

Por la dicha que me has dado
 Al darme este hermoso niño.
 Que pierda salud y bienes
 Y cuanto tenga querido;
 Que pierda cuanto poseo;
 Pero déjame á mis hijos.

Guadalajara, 1882.

ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.

A MI HIJO DANDO LIMOSNA.

Dios te bendiga, arcangel adorado,
 Por la dulce bondad que tu alma llena,
 Y te hace, compasivo, toda pena
 Con cariñoso anhelo consolar;
 Encanto y embeleso de mi vida,
 En cuya dulce faz se mira el cielo,
 Presto la flor divina del consuelo
 Logra en tu tierno corazón brotar.

Cuando al través contemplas de la reja
 Al sér desventurado que te implora,
¡Oh madre! me preguntas *¿por qué llora?*
 Con tu argentina y armoniosa voz;
 Y al ver al niño que desnudo, hambriento,
 En tí fija sus ojos con angustia,

Y en su faz debil, macilenta y mustia,
El sello lleva de miseria atroz:

—*Madre, tiene hambre*, tu purpureo labio
Con tierno acento de piedad murmura,
Y una perla del alma fresca y pura
Humedece tu rostro encantador;
Y tendiendo tus blancas manecitas,
Tu ofrenda presentando con cariño,
Das sonrisas y pan al pobre niño,
Y al desgraciado caridad y amor.

¡Es un cuadro tan bello! No podrían
Los sueños del artista y el poeta
Arrancar á su lira ó su paleta
Una imagen más fresca é ideal,
Que ese querub de rubia cabellera
La indigencia afectuosa consolando,
Sus dulces ojos húmedos alzando,
Sonriendo sus labios de coral.

Hijo, en esos instantes me pareces
Más que los mismos serafines bello;
Brilla en tu faz el fúlgido destello
De la santa y sublime caridad.
Tu ángel custodio al verte te sonrie,
Y extendiendo sus alas dulcemente,
Cubre con ellas tu rosada frente
Formando una aureola á tu beldad.

¡Hijo, es tan dulce al alma de tu madre
Contemplar, al través de tu belleza,
La generosidad y la grandeza
De tu tierno, inocente corazón!
¡Le es tan dulce sentir que tu alma pura,
Que aún no descende al fondo de la tierra,
Esa infinita compasión encierra,
Del cielo mismo inapreciable don!

Y no obstante, una idea dolorosa,
Un triste pensamiento, vida mía,
Empaña con su sombra esa alegría,
Destello de mi orgullo maternal:
¿Qué harás en las borrascas de la vida
Que el porvenir destrozan inclementes,
Cuando á su embate tu bondad presentes
Como escudo á tu seno virginal?

Apenas has cumplido tres abrilos,
Y comprendiendo el mundanal quebranto,
Las cándidas primicias de tu llanto
Ofreces al ajeno padecer.
¡Ay! apenas al caliz de la vida
Pretendes acercar tus labios rojos,
Y empiezan á punzarte los abrojos
De la senda que debes recorrer.

¡Y estás en el umbral! En este instante
Sólo alcanza tu vista una llanura,

Que, cubierta de flores y verdura,
 La imagen muestra del perdido Edén.
 El cielo es siempre azul; el sol naciente
 Con blandos rayos el paisaje dora;
 De celajes de púrpura, la aurora
 El velo arranca á su rosada sien.

Todo es frescura, aromas y armonía;
 En derredor de tí se abren las flores,
 De la luz matutina los albores
 Se miran en el lago de cristal;
 Inocente y risueño jugueteas
 Sobre esa verde y perfumada alfombra;
 Duermes tu sueño á la bendita sombra
 Del inmenso cariño paternal.

Eres feliz, mi bien. . . . ¡Ay! en la hora,
 La hora de la indolencia y la alegría,
 Es el amanecer de un bello día. . . .
 Hijo, ¡bien corto ese momento es!
 Presto se nubla el luminoso cielo,
 Brama la tempestad con sus horrores. . . .
 Hoy sufro al pensar en los dolores
 Que romperán tu corazón después.

Es la suerte común de los mortales,
 Y es inútil luchar contra la suerte;
 Al abrigo tan sólo de la muerte

Se libra de sufrir el corazón.
 Y es bien larga la senda de la vida,
 Y por tumbas queridas señalada
 Se llega siempre al fin de la jornada
 Encerrando en el pecho un panteón.

¡Oh! ¿por qué hablarte así? ¡pobre angel mío!
 ¿Por qué la amarga voz de la esperiencia
 Ha de mostrarte del dolor la ciencia,
 Que presto por tu mal conocerás?
 Sé bueno y haz el bien; un lenitivo
 Dará á tus penas el placer ageno;
 Hijo del corazón, haz bien, sé bueno,
 Y un goce en tus pesares hallarás.

Hijo, mi bien, mi hechizo, mi esperanza,
 Realización de mi ilusión más bella,
 Diáfana luz de inmaculada estrella
 Que lo ilumina todo en mi redor;
 Pura gota de nítido rocío,
 Que del alma refrescas la dolencia,
 Blanca flor, que embalsamas mi existencia
 Con el casto perfume de tu amor. . . .

Hijo! ¿A qué decir más? Hijo! Este nombre
 Lo dice todo en su inefable encanto;
 Es la voz de un afecto inmenso y santo
 Como no existen en la tierra dos.

Este nombre es un beso, una sonrisa,
 Una plegaria tímida y ferviente;
 Es un himno de amor, que reverente
 Eleva el alma agradecida á Dios.

Ven, acércate á mí; tu frente pura
 Apoya con amor sobre mi seno;
 Fija en mis ojos tu mirar sereno;
 Sonríeme. . . . ¡Cuán bello estás así!
 ¡Cuán dichosa me siento en este instante!
 Dame un beso, otro aún, otro..... Me quieres?
 Sé bendito, mi bien, porque tú eres
 La bendición del cielo para mí!

DOLORES GUERRERO.

DESALIENTO.

Triste y solitaria vivo
 Lejos del bien adorado
 Y el corazón desgarrado
 Por los dolores está.
 Nunca veré la sonrisa
 De sus dulces labios rojos,
 Ni la lumbre de sus ojos
 Mi existencia animará.

Ni escucharé ya el acento
 Con que me brindaba un cielo;
 Sólo angustia y desconsuelo
 Queda á el alma en su dolor.
 ¿Por qué la bárbara suerte
 De sus brazos me arrebató?
 Ay! No sabe que me mata
 Con la ausencia de su amor?